



DIALOGOS CON NUESTRA ENFERMERA

LA MUERTE NO TIENE NOMBRE

SANTIAGO LOREN

T. M. (*Entrando.*)—¿Qué hace usted, Hortensia?

Hortensia.—Ya ve. Entretenerme. Estoy colocando los informes de análisis y las radiografías en su historia clínica respectiva.

—T. M.—Es esa una labor demasiado trascendental para llamarla entretenimiento.

Hortensia.—¡Cuando usted lo dice! Pero no veo que tenga tanta importancia.

T. M.—Muchísima, Hortensia, muchísima. ¿No se da cuenta de que en este momento es usted la mano del destino. Esas historias clínicas no son sólo papeles escritos, sino que son hombres y mu-

eres completos, pero reducidos al relato de sus sufrimientos, que son siempre lo más humano que hay en nosotros. Usted, con la mayor indiferencia, va añadiendo trozos vivos de su suerte a esa vida doliente que tiene en sus manos. Con la misma serenidad fatal del destino va completando el expediente de una existencia con un presente de dolor y con un porvenir quizá demasiado corto.

Hortensia.—Oiga, le aseguro que yo... Bueno, ¿pero qué mosca le ha picado hoy? No es costumbre en usted ser tan fúnebre.

T. M.—¿Ve usted esto que traigo en la carpeta?

Hortensia.—Claro que lo veo. Son radiografías.

T. M.—Exactamente. Radiografías que acabo de revelar y que es preciso unir a la historia clínica respectiva. Ya sabe usted: tienen un número clave en la chapita de plomo que debe de coincidir con el de la historia clínica.

Hortensia.—Desde luego que lo sé. Traígalas de una vez y déjese de misterios.

T. M.—Hortensia: una de estas tres radiografías es un cáncer de estómago.

Hortensia.—¡Dios mío! ¿Son las tres que hicimos ayer tarde a última hora?

T. M.—Sí.

Hortensia.—¿Y una de ellas es la que hicimos al doctor Tanto Peor?

T. M.—Sí.

Hortensia.—¿Pero usted no sabe qué número colocamos en su placa?

T. M.—No lo sé. Los números fueron colocados por usted y, por tanto, solamente usted puede decirme cuál le correspondió. En el momento en que yo abra este sobre y le enseñe las placas usted sabrá inmediatamente el destino de tres hombres, de los cuales uno es su jefe y amigo.

Hortensia.—¡Dios mío, doctor, espere un poco! ¡Es una noticia tan terrible!

T. M.—¿Comprende ahora mi estado de ánimo? Aunque sea estúpido, desde el punto de vista de la lógica, nos parece que demorando el conocimiento de la verdad demoramos también la acción del destino. Yo también, como usted, me he dicho a mí mismo: ¡espérate! Porque la verdad puede ser la liberación de la terrible duda, pero también puede ser la certidumbre de la desgracia. Entre tanto, lo único seguro que poseemos es la esperanza, una pobre y frágil esperanza que tortura más que consuela. Yo he podido llamarle por teléfono desde el laboratorio, y, sin embargo, estoy aquí todavía esperando que no sea verdad lo que tememos.

Hortensia.—¡No podemos quedarnos así siempre! ¡Dígame los números, por lo que más quiera!

T. M.—Está bien, se los diré. Vea: el 1484, el 1064 y el 1485.

Hortensia.—Pero... ¿cuál es el de...?

T. M.—El cáncer de estómago tiene el número 1485.

Hortensia.—¡Gracias, Dios mío, gracias!

T. M.—Entonces... ¿no es?

Hortensia.—No es, doctor, no es. ¡Qué alegría!

T. M.—¿Está segura?

Hortensia. — ¡Del todo! Los otros dos enfermos eran nuevos y por eso llevan un número correlativo. Al doctor le puse un número ya caducado como hago siempre que practicamos radiografías a familiares y amigos.

T. M.—¡Uf! ¡Qué peso tan terrible que se me ha quitado de encima! Las otras dos radiografías son de simples gastritis.

Hortensia. (*Risueña.*) — ¡Vaya un susto que me ha dado! Traiga esas placas de una vez para colocarlas en su historia.

T. M.—Para decidir de una vez la suerte ciega de un hombre que va a morir. ¿Se da cuenta, Hortensia, de que no hemos pensado para nada en el desgraciado al que pertenece la radiografía? Usted ha dado gracias a Dios y hasta ha saltado de alegría, sin darse cuenta de que la muerte sin nombre no ha perdonado. Solamente ha cambiado de víctima. Usted se ha alegrado de que va a morir "otro hombre".

Hortensia. — No es eso, doctor. Simplemente me he alegrado de que se salvara el doctor Tanto Peor, sin pensar en el otro. La desgracia de éste la siento y la compadezco, pero la uno a la compasión general que siento por todos los que sufren.

T. M.—Es una explicación hábil, pero usted no puede negarme que durante un minuto ha deseado que cualquiera de los otros dos enfermos fuera el condenado. Y a mí me ha pasado lo mismo.

Hortensia.—Sí..., es difícil la excusa... Pero tenga en cuenta que somos personas, que no podemos evitar que nuestros afectos más íntimos se coloquen por encima de la compasión profesional. Tenemos que compadecer a tantos que no podríamos vivir si no administráramos un poco nuestros sentimientos.

T. M.—Pero ¿es posible una administración de los sentimientos?

Hortensia.—Tiene que serlo, doctor, para poder pensar fríamente. Ahora mismo, si usted dejara de lamentarse y de filosofar, podría haber decidido ya lo que se puede hacer en favor de ese pobre hombre.

T. M.—Eso me convence, Hortensia. Me convence y me recuerda cuál es la única manera de ser médico. Traiga la historia y cierre la puerta. No estoy para nadie.